

Con Jaraba por lugares;
 Y sus parciales, vencidos
 De la fuerza de razon,
 Decir: «Disparates son;
 Pero son entretenidos.»
 Representante afamado
 Has visto, por solo errar
 Una sílaba, quedar
 A silbos mosqueteado;
 Y luego acudir verias
 Esta cuaresma pasada,
 Contenta y alborotada
 Al corral cuarenta dias
 Toda la corte, y estar
 Muy quedos papando moscas,
 Viendo bailar dos muñecas
 Y oyendo un viejo graznar.
 Y esto tuvo tal hechizo
 De ventura, que dió fin
 El cuitado volatin,
 Que en vano milagros hizo.

Por algo dijo Lope:

El vulgo es necio, y pues lo paga, es justo
 Hablarle en necio para darle gusto. (305)

ALARCON resolvió desde entónces no darle gusto, cumplir con su obligacion, emplear dignamente sus muchos y varios conocimientos, satisfacer las nobles inclinaciones de su alma, enriquecida en la ciudad de las lagunas, y dejar

A i posteri l'ardua sentenxa.

CAPITULO VII.

El maestro y el discípulo.—Cuentas atrasadas.—Cervántes en brazos de la religion y de las musas.—Publica el "Viaje del Parnaso," y del nombre de Alarcon no se acuerda.—Muere.

1614-1616

Un cabo suelto nos quedó en los primeros capítulos de la segunda parte de esta historia verídica y puntual, que el orden de los tiempos exige se ate y apriete sin pasar á otra cosa. No habrán olvidado los lectores el imprevisto encuentro de ALARCON, recién venido á Madrid, en la academia de Saldaña, con su antiguo maestro y camarada Miguel de Cervántes Saavedra. Y bien recordarán que, subiéndosele al rostro la sangre del corazon, le osureció el entendimiento y cegó el discurso, de modo que, léjos de correr presuroso á estrechar contra el pecho cariñosamente al amigo, hizo como si no le conociera. ¿Temió ajar alguno de los simétricos y

bien perfilados canjilones del superabundante cuello flamenco, á la manera del lindo de quien dice en uno de sus dramas:

Yo sé quien tuvo ocasion
De gozar su amada bella,
Y no osó acercarse á ella,
Por no ajar un canjilon? (306)

¿O, viéndose pulido y ataviado entre ostentosos caballeros, todo seda y encajes de oro, tuvo empacho de acercarse al viejo soldado de Lepanto, roto y desatendido? ¿O es que la ausencia, como la muerte, deshace amistades, afectos y obligaciones?

Acaso no habia cumplido ALARCON, entre las bizarras promesas con que en los últimos dias de Sevilla animó y consoló á Cervántes, la de proporcionarle algunos productivos negocios de Indias, ó tal cual socorro, gestionando en Nueva España con personas de quien podía y debia esperar favor. Tales eran D. Juan de Astudillo, prior del Consulado de México (hermano del D. Diego á quien tan bellamente describió el inmortal ingenio complutense la fiesta de Alfarache), y dos parientes, ricos sacerdotes. Uno de ellos el doctor Juan de Cervántes, hijo de los conquistadores y primeros pobladores de la ciudad de las lagunas, discípulo de los dominicos y

de la gran universidad de Salamanca (donde fué catedrático de Escritura, y donde el manco sano, el escritor alegre le pudo tratar y conocer), varon respetable, que en ausencia de los prelados gobernó muchas veces la diócesis de México, y obtuvo en 1608 la Mitra de Oaxaca. Era el otro D. Leonel de Cervántes, de la propia nobilísima casa de los conquistadores, doctor salmantino tambien, y mitrado más adelante. (307)

Y si con las glorias y novedades de su patria se le fueron á D. JUAN las memorias, y de nada de lo ofrecido se acordó y nada hizo, como suele acontecer por el mundo, ¿por qué, á otro dia de la academia de Saldaña, no buscó á Cervántes y se disculpó con alguna mentirilla pródida, ó le confesó paladinamente su falta? ¿Aborreció tanto la mentira el autor de *La Verdad sospechosa*, que le repugnaban aun las que en sociedad se autorizan y exigen? ¿O habia caido en la demencia vulgar de solo arrimarse á los felices, y huir como de la peste de la invencible pobreza? ¿Diria para sí, como dijo en *El Tejedor de Segovia*:

Los que á su provecho están
Atentos, solo han de ser
Lisonjeros del poder;
«Viva quien vence» es refran? (308)

Cervántes acudia rara vez á los felices aristo-

cráticos salones que frecuentaba ALARCON: la capilla y sala de juntas de los esclavos del Santísimo Sacramento, en los Trinitarios descalzos, eran sus visitados alcázares; su descanso, los ejercicios de piedad y caridad; su esparcimiento y deleite, el redactar los carteles de certámenes poéticos para las fiestas de los hermanos, y emplear su cristiana musa en realzarlas, y en discurrir y explicar numerosos geroglíficos de mucha novedad é ingenio, que en grandes lienzos y pintados por Vincencio Carducho y Gerónimo de Mora habian de engalanar el compás y pórticos del convento y los colindantes muros de los jardines de Lerma. ¡Cuántas veces en aquellas inolvidables procesiones y regocijos de los esclavos de la Divina Majestad, que atraían todo Madrid á las calles de Jesus Nazareño, de las Huertas, del Leon y de Francos, ricamente adornadas con tapices y ramas de árboles; cuando la compañía de Riquelme, recitando sobre la asombrosa máquina de los carros del Corpus, daba esplendorosa vida á los autos de Lope, y los cantores de la Real capilla con voces de ángeles llenaban de gozo el corazón, entre nubes de incienso y lluvia de rosas y azucenas; cuántas veces, digo, no sorprendió al jorobado la noble figura del anciano Cervántes, con un hacha de cera en la mano, el rosario en el cinto, descen-

bierta la cabeza, los ojos clavados en el suelo! Ni en las reuniones de Saldaña y D. Francisco de Silva, ni en las fiestas del barrio de Jesus, jamás se dieron á conocer ALARCON y Cervántes, el discipulo y el maestro. (309)

Por Agosto de 1613 corrieron de mano en mano, impresas, las *Novelas ejemplares* de éste, con sonetos del Marqués de Alcañices, Don Fernando de Lodeña y Don Juan de Solís Mejía, y con unas décimas de Don Fernando Bermúdez y Carvajal. En el prólogo nos dió el autor su retrato, y en las doce novelas su alma: libro de sin igual enseñanza, de incomparable deleite, del más subido precio.

Al año siguiente de 1614, y por Noviembre, se puso á la venta *El Viaje del Parnaso*, y fué por semanas y semanas entretenimiento sabroso de la corte. Apénas habia poeta que allí no se viera retratado de cuerpo entero con una sola palabra, y juzgado casi siempre de portentosa manera. A pocos oprimia la censura; á muchos engrandecia el elogio: el ingenioso crítico luce, como de costumbre, su indulgencia y estimacion hácia los demás, extraño por naturaleza á la envidia y despego. Donde hay algo que aplaudir, allí su generosa voz, que jamás llamó á lo bueno malo, ni á lo malo bueno; que nunca de las flores sacó ponzoña, como la araña, sino, como

la abeja, exquisita miel; ni fué cuervo que se apacentase en carne muerta: su censura lo mismo que su desden, á toda luz merecidos. ALARCON buscó ansioso un ejemplar del poema, asunto de todas las conversaciones. Quién ponderaba con justicia la invencion, la viveza de las descripciones, el interes de la fábula, la inspiracion constante y los galanisimos tercetos. Quién sostenia ser este bello poema un escrutinio discreto, no ménos feliz que el que hicieron el cura y el ama con los libros de *Don Quijote*. Disputábase en las academias, sin embargo, si estos ó aquellos ingenios estaban bien ó mal incluidos en las huestes que asediaban el Parnaso ó en las que lo defendian; y no dejó de comentarse por qué Cervántes no habia tenido ningun epigrama castellano, para realce de la obra, siéndole forzoso dirigir á su pluma este

SONETO.

Pues veis que no me han dado algun soneto
Que illustre deste libro la portada,
Venid vos, pluma mia mal cortada,
Y hacedle, aunque carezca de discreto.
Haréis que excuse el temerario aprieto
De andar de una en otra encrucijada
Mendigando alabanzas, excusada
Fatiga é impertinente, yo os prometo.

Todo soneto y rima allá se avenga
Y adorne los umbrales de los buenos,
Aunque la adulacion es de ruin casta.
Y dadme vos que este *Viaje* tenga
De sal un panecillo, por lo ménos,
Que yo os le marco por vendible, y basta. (310)

Con sobresalto coge nuestro DON JUAN el libro;
hojéale presuroso, por ver si da al vuelo con su nombre, y no le halla; pónese á leer despacio el poema, y sueña á cada trecho que su maestro le dispara satíricos dardos.

Aquellos verdaderos hijos de Apolo, no mezclados ni confundidos jamás en cosas de agibilibus rateras, ni hundidos en el el mar de la vil ganancia y de la cábala interesable, á quien como en sueño se les pasa la vida llorando guerras ó ya cantando amores; aquel aderezo é ingeniosa bizarría del gran bajel, en que van los admirables ingenios buscando el griego mar y la cumbre del Parnaso, y desde cubierta contemplan sitios y lugares famosísimos; aquel retrato que de sí mismo hace el poeta desvalido y pobre, sin capa que le abrigue, pero resplandeciente con la aureola y heridas gloriosísimas de Lepanto, y con la más fúlgida aun de raro inventor, á quien, no la vanidad, sino la conciencia, le presagía que sus obras penetrarán en los más ocultos rincones

de la tierra, llevándolas en grupa Rocinante y moviendo guerra á la envidia; aquella soberana pintura de la poesía y de cuanto abarca, y de cómo enaltece al espíritu generoso; todo esto había de seducir la fantasía de ALARCON y de agitarle con afectos diferentes.

Allí de improviso le asaltó el recuerdo de la fiesta de Alfarache, vuelta á la vida y reflejándose con viva luz en la memoriosa y clara imaginación del épico. Allí contempló de aquel día los entapizados barcos del Guadalquivir; los furibundos versos del escuadrón, de repente y de pensado; las glosas de piés dificultosos; el inspirarse poéticamente, ya en la saliva, ya en el sudor de la dama (como se inspiró entonces D. JUAN respecto de la suya); la algazara de los unos, el cantar de los otros, el referir propias ó ajenas aventuras amorosas; y, en fin, el disparatar adrede, por gala del ingenio, los vates más ricos siempre de valor que de moneda. Allí vió mencionados y celebrados á los héroes de la regocijada fiesta: al mantenedor D. Diego Jimenez de Enciso, al dramático y esgrimidor Juan de Ochoa, y al famoso en armas y letras D. Francisco de Calatayud. Con todos acá y acullá tropezaba ALARCON, ménos con el encubierto *D. Floripando Talludo, príncipe de Chunga*.

Y entre numerosos poetas, buenos y malos,

ausentes y presentes, veteranos y hisoños, le salían al encuentro los tersos y calorosos ingenios de Sevilla, como Arguijo, y los que eran honra de la americana region, como Valbuena y Meztanza; los que amenizaban con sus versos las academias de Saldaña y de Silva, y los que las empeñaron en batallas campales, cual Vélez de Guevara y el novel licenciado granadino Soto de Rojas. Allí los de señoría y excelencia; los soldados rotos, como Gerónimo de Castro; los doctores, vestidos de honestidad y valor, como Francisco Sánchez; los encubiertos religiosos como el maestro Orense, y Juan Bautista Capataz; y aun los recitantes, como Jusepe de Vargas, iban á la alta empresa en la hueste de Apolo. Por ninguna parte parecia el corcovado.

Ahora recela si Cervántes diría de sí mismo, para echarle en rostro á él lo contrario:

Tuve, tengo y tendré los pensamientos
Merced al cielo, que á este bien me inclina,
De toda adulacion libres y exentos.

Nunca pongo los piés por do camina
La mentira, la fraude y el engaño,
De la santa verdad, total ruina.

Con mi corta fortuna no me ensaño;
Aunque por verme en pié como me veo,
Y en tal lugar, pondero así mi daño.

Más allá teme si habrá querido confundirle,

sin nombre y en globo, entre los poetas calabazas; ó entre los poetillas rateros, del tamaño de ratones, que nacieron de la sangre podrida de los malos poetas; ó entre los veinte tráfugas, á cuya primera vista de su ingenio se engañó Apolo, admitiéndolos por buenos. Pero se figura evidentemente notado entre los malos, cuando contra ellos disparan los predilectos hijos del Númeron un soneto único del gran Lupercio Leonardo de Argensola, que,

Descuadernó, desencajó, deshizo
Del opuesto escuadron catorce hileras,
Dos *criollos* mató, hirió un mestizo;

y tambien cuando ridiculiza á las monas que presumen de cisnes. *La mona* llamaban sus émulos al *criollo* mexicano.

Le disgusta que tantas veces dé vaya Cervantes á los poetas á quien no ha citado en su *Viaje*, y que dice habrán de ocasionarle pesadumbre. Mortifícale sobremanera la figura de Pancracio de Roncesvalles, escritor de una comedia silbada, que no pareció bien, á causa de que le achacaron ser larga en los razonamientos, no muy pura en los versos, y desmayada en la invencion; tachas que pudieran hacer parecer malas las del mismo Plauto. Enfádale aquello de no reparar en los dineros de la comedia el buen Pancracio

de Roncesvalles, sino en la fama, por el grandísimo gusto de ver salir mucha gente de la representacion, todos contentos, y estar él á la puerta del teatro recibiendo parabienes de todos. Y finalmente, le escuece la tenaz censura contra los poetas que hurtan versos ajenos, ó ajenas trazas y conceptos, porque toda la juzga venablos disparados contra él, que siguió demasiado cerca los poemas de Lope y Tirso y las mismas obras de Cervantes.

El prólogo, en fin, quedósele muy impreso en la memoria: «Si por aventura, lector curioso, eres poeta y llegase á tus manos (aunque pecadoras) este *Viaje*; si te hallares en él escrito y notado entre los buenos poetas, da gracias á Apolo por la merced que te hizo; y si no te hallares, tambien se las puedes dar.» Ni entre los buenos se hallaba nominalmente ALARCON, ni entre los malos; y con razon debia dar gracias por ello á su antiguo Apolo, que no le midió (Cervantes era incapaz de tal bajeza) con el rasero que á D. Quincoces y Arbolánches y al autor de *La Pícará Justina*. Como el incauto discípulo á su maestro, éste le relegó al desden y al olvido para siempre.

Activo aguijon debió de ser á DON JUAN el *Viaje del Parnaso*, comprometiéndole á ganar aquella esplendorosa cumbre, tomar asiento me-

recido entre los grandes poetas, y robar al gran maestro la inimitable pluma, al humano corazón su escondido secreto, y su encanto seductor al sublime espectáculo de la naturaleza.

Para deleite que no se agota jamás, para enseñanza sólida, para estudio fecundísimo, y como cisne que, al morir, canta con voz entonada y viva y con melodía sin igual, dejaba Cervantes, en los tres últimos años de su existencia, los más perfectos modelos. ¿Dónde cuadros tan llenos de movimiento y verdad como las *Novelas ejemplares*? ¿Dónde mayores dificultades vencidas, mayor donosura, juicio y buen gusto que en la segunda parte de *El Ingenioso Hidalgo*? ¿Dónde tesoro igual de aventuras y situaciones dramáticas, de experiencia y de filosofía, de máximas formuladas soberanamente, acabadas locuciones, giros y frases gallardos, como en *El Persiles y Sigismunda*? ¿Dónde mayor número y riqueza de descripciones, llenas de verdad, seductora y clarísima? De la docta y profunda crítica reclaman hace tiempo detenida ilustración el *Viaje del Parnaso* y las *Ocho comedias y ocho entremeses nuevos, nunca representados*, para que se puedan apreciar en todo lo mucho que valen. Ningun poema donde figuran los más de los ingenios contemporáneos, se dispuso jamás, como el cervántico *Viaje*, con

igual atractivo en la invención, parecido en los retratos, luz y hechizo en las descripciones, gracejo, variedad y unidad. Ninguno de los millares de *entremeses* que alborozaron las tablas en los siglos XVI y XVII excede en mérito á estos *ocho* publicados en 1615; ántes bien, los más célebres que se escribieron después, ó los refunden y traducen en verso, ó los plagian ó imitan. En fin, dramáticos de aquel y de los dos posteriores siglos han sabido sacar útil enseñanza de las *Ocho comedias*, no siendo ALARCON el que ménos les debe.

¡Ay, si con Cervantes hubiera sido justo su siglo! ¿Por qué no recogió como reliquias todos sus papeles y las obras no concluidas ó en bosquejo, de que únicamente nos queda la memoria? ¿No lo hizo con las del satírico y terrible Quevedo, guardando con amor hasta los apuntamientos más insignificantes? El caso estuvo en morir Quevedo en la aldea, y Cervantes en la corte. Allí, el respeto y consideración que se debe á los grandes hombres cercaba al moribundo; aquí, el desden é indiferencia de los audaces, soberbios y engreídos.

A 23 de Abril de 1616 muere Cervantes; y el que tuvo aplausos y flores para tantos y tantos poetas, solo halló dos que lloraran su muerte, quizá por él no celebrados. Ninguno de ellos

fué ALARCON, ni Lope, ni Góngora, ni Quevedo. ¿Y qué importa? Las flores y coronas poéticas ¿qué valen para el cristiano, en tiempo que solo ha menester oraciones piadosas? El ruido y vanidad de aquellas hubiera llegado á nosotros; el bendecido perfume de éstas seguramente subió al cielo. Quien pasaba el día en la iglesia de las monjas Trinitarias de San Ildefonso, cuyas rejas guardaban muy caras prendas de su corazón; y quien cerca de allí, en los religiosos Trinitarios descalzos de Jesus, y entre más de cuatrocientos no nada asíduos esclavos del Santísimo, era uno de los treinta que no faltaron jamás á las prácticas diarias y ejercicios religiosos, ni esquivó trabajo molesto, ni sacrificio, en medio de grandes privaciones; ni dejó de consagrar preferentemente su musa á realzar las inolvidables fiestas de aquellos devotos hermanos, debió de hallar en vida y muerte piadosos consuelos, oraciones y sufragios, en cuya comparacion vienen á ser miseria y humo todas las vanidades humanas. (314)

¿Cómo quien puso en Dios toda su confianza habia de temer la última hora? ¿Cómo en ella no estar alegre y tranquilo? Recibida la extremauncion, escribe la dedicatoria del *Persiles*, y aquellas palabras, despidiéndose de los suyos: «Adios, gracias; adios, donaires; adios, recogijados amigos; que yo me voy muriendo,

y deseando veros presto contentos en la otra vida.»

Que la corona mejor que ornaba aquella despejada frente era la del cristiano, hácenlo resaltar los dos poetas que junto al féretro encomendaron su dolor á la pluma. Luis Fernández Calderon escribia un soneto «al sepulcro de Miguel de Cervantes Saavedra, *ingenio cristiano*:

A cuyo ingenio los de España dieron
La sólida opinion que el mundo sabe,
Y al cuerpo ofrenda de perpétuo lloro.»

Y ponía «D. Francisco de Urbina á Miguel de Cervantes, *insigne y cristiano ingenio* de nuestros tiempos,» este

EPITAFIO.

Caminante, el peregrino
Cervantes aquí se encierra:
Su cuerpo cubre la tierra
No su nombre, que es divino. (312)